



LA PRUDENCIA: MADRE DE LAS VIRTUDES

TEMA 5 / SESIÓN PRIMERA

TEMA 5 / SESIÓN PRIMERA

IDEAS

- El prudente no es el aburrido y timorato que se ha de contener de todo. La prudencia trata del acierto en el obrar, es decir, acerca de qué, cuándo y cómo se debe actuar, si es que se debe actuar.
- La prudencia nos enseña a elegir lo mejor en cada circunstancia.
- La prudencia nos permite descubrir y hacer la voluntad de Dios para nosotros.

DESARROLLO

Una vez afrontadas las llamadas “virtudes teologales” porque tienen a Dios como su fuente, objeto y destino, nos disponemos a abordar las “virtudes cardinales”, que se llaman así por desempeñar un papel fundamental en la vida del cristiano.

Normalmente, en la enumeración de dichas virtudes, la prudencia suele ocupar el primer lugar. No es simplemente la primera virtud cardinal, sino que regula y prepara toda virtud moral. En cierto sentido, es “madre” de las virtudes cardinales. Acudamos a la definición que el Catecismo de la Iglesia Católica nos ofrece para poder explicar en qué consiste la prudencia y por qué es el fundamento del resto de virtudes: “La prudencia es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo” (CEC 1806).

En primer lugar, nuestro Catecismo nos dice que la prudencia afecta a la razón práctica, es decir, se trata del acierto en el obrar. La prudencia es el hábito, labrado a fuerza de costumbre, que posibilita a la razón juzgar rectamente y determinar aquello que se debe hacer: qué, cuándo y cómo se debe actuar, si es que se debe actuar. Es decir, no es una virtud negativa o pasiva, sino eminentemente activa; no es prudente el que no hace nada, sino el que hace lo que debe hacer. Hoy en día, no se habla muy positivamente de la prudencia y se la relaciona con el reprimido y aburrido que se tiene que contener. Sin embargo, la prudencia no es cobardía, ni el prudente es un timorato, que se tenga que retener continuamente.

Ahora bien, para obrar con prudencia es decisivo el conocimiento objetivo de la realidad. Santo Tomás decía que “lo primero que se pide al que obra es que sepa”. Precisamente en esta línea va la conocida frase de la edad media: “Prudente es el hombre a quien las cosas le parecen tal como realmente son”. Nuestra acción es acertada si atendemos al ser y a la verdad de las cosas, evitando toda superficialidad. *Jn 7,24* dice: “No juzguéis según apariencias, sino juzgad con recto juicio”. De aquí que sea fundamental la contemplación de la realidad profunda de las cosas. El conocimiento objetivo de la realidad, sin engañarnos a nosotros mismos, es decisivo para obrar con prudencia, puesto que el deber viene determinado por el ser. El prudente contempla, en primer lugar, la realidad tal y como es,

y en virtud y a causa de este conocimiento de la realidad, determina lo que debe hacer y aquello de lo que conviene abstenerse. Quien ignora cómo son y están verdaderamente las cosas no puede obrar bien, pues el bien es lo que está conforme con la realidad. ¡Cuánto necesitamos que el obrar sea conforme a la verdad, conforme a la realidad objetiva!

En segundo lugar, el Catecismo nos recuerda que para conocer la realidad no basta el conocimiento teórico de las cosas, sino que la realización del bien presupone la conformidad de nuestra acción a la situación real. Es necesario, por consiguiente, una atenta y objetiva consideración de las realidades concretas. Por eso, el Catecismo dice que la prudencia “discierne en cada circunstancia”. Debemos conocer no sólo el principio general, sino cómo aplicarlo a la realidad concreta sobre la que versa mi acción moral. Este conocimiento de la realidad implica conocer las circunstancias que concurren y las consecuencias que se seguirán. No basta simplemente que la acción sea buena, sino que es necesario que también sea buena para mí, aquí y ahora. Es decir, la prudencia no termina en un recto juicio de la realidad en general, sino que alcanza la justa acción “aquí y ahora”. Como la casuística permanece en el campo de lo inconcreto, las situaciones concretas a veces son más difíciles de distinguir. La prudencia emite el juicio recto sobre la materia concreta, donde se dice cómo hay que obrar “aquí y ahora”.

En tercer y último lugar, nuestro Catecismo afirmaba que la prudencia “discierne nuestro verdadero bien y los medios rectos para realizarlo”. La prudencia trata de conocer el verdadero bien de cada uno, es decir, lo que debe realizar para agradar a Dios, que es nuestro bien. La totalidad de la acción, su intención, sus medios necesarios para llevarla a la práctica y finalidad, deben estar ordenados al fin último del hombre, que es hacer la voluntad de Dios y así realizarse plenamente. La prudencia es la claridad de la decisión del que ha resuelto “hacer la verdad y el que hace la verdad viene a la luz” (*Jn 3,21*). Se trata de una expresión, típica del cuarto evangelio, que indica ese discernimiento del bien concreto de cada uno, que es su propia verdad, para que, una vez conocido, se haga dicho bien. Es decir, la verdad y el bien no sólo se conocen, sino que también se hacen. El resultado de este “hacer” no queda fuera de nosotros, como una formación objetiva de fabricación artística o técnica, sino que queda en nosotros, en nuestro interior, somos nosotros. La prudencia va siempre en esta línea que “hace” al hombre por medio de sus acciones. De este modo, obrando el bien, nos vamos haciendo buenos poco a poco.

La prudencia es decisiva porque está en relación con lo más íntimo del ser humano, la inteligencia y la voluntad. En la prudencia se integran dos elementos: uno cognoscitivo y otro resolutivo. No basta con ver las cosas con objetividad, ni con tener “buena intención”, ni con “buena voluntad”, sino que la prudencia pide también una determinación resolutiva de la voluntad. La inteligencia ofrece a la voluntad el conocimiento de lo que es bueno hacer y de lo que se debe evitar. Y la voluntad ofrece a la inteligencia la posibilidad de realizar lo que ella ha conocido objetivamente.

Como “la prudencia aplica los principios morales de la conciencia a los casos particulares y superamos las dudas sobre el bien que debemos hacer y el mal que debemos evitar” (CEC 1806), toda virtud depende, en cierta manera, de la prudencia, y todo pecado es, en cierta manera, una contradicción a la prudencia. *Baruc* 3,28 dice: “se perdieron por no tener prudencia, se perdieron por su falta de cordura”. Ahora podemos entender mejor por qué la prudencia es “madre” de todas las virtudes y su ausencia origina todos los vicios. Solamente aquel que es prudente puede ser, por añadidura, justo, fuerte y templado. Toda virtud es, por necesidad, prudente. Es imposible educar al hombre en otras virtudes, sin antes educarlo en la prudencia, esto es, en la valoración objetiva de la situación concreta en que tiene lugar la acción. Si no hay prudencia, no hay posibilidad de que haya virtud moral. De aquí, que la virtud de la prudencia, realizando las decisiones acordes con la verdad y el bien, sea la quintaesencia de la mayoría de edad ética, la clave para nuestra madurez.

La prudencia es, en palabras de Paul Claudel, la “inteligente proa” de nuestra esencia, que en medio de la multiplicidad de situaciones, pone rumbo a la perfección. San Bernardo decía que “es como el timón o el piloto en un navío, sin el cual necesariamente ha de perecer o naufragar”. Y San Francisco de Sales afirma: “es luz o antorcha de nuestra vida, que nos ilumina para no errar el camino (...) y sal que preserva de la corrupción a las demás virtudes”.

Aún nos falta una última característica de la virtud de la prudencia: se trata de una virtud infundida por Dios en el entendimiento práctico para el recto gobierno de nuestras acciones particulares en orden al fin sobrenatural y con los medios adecuados a dicho fin. San Juan Pablo II decía que “la prudencia constituye la llave para la realización de la fundamental tarea que cada uno de nosotros ha recibido de Dios”. Dios la da a quien la pide, para que así pueda realizar su vocación a la vida de Dios, a la vida feliz del hombre.